

DECLARACIÓN DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Eduardo Subirats¹

Resumen Con motivo de la reciente publicación del libro de Eduardo Subirats titulado *Violencia y Civilización* (Losada, Madrid, 2006), sacamos a la luz el siguiente texto, extractado del mencionado libro, para dar a conocer algunas de las claves del pensamiento del autor. A través del concepto de *violencia civilizatoria* denuncia los abusos cometidos por un poder global y totalitario que actúa, paradójicamente, en consonancia con la defensa de la libertad, con el multiculturalismo neoliberal, y con un capitalismo amable y deconstruccionista.

Abstract Eduardo Subirats published recently the book *Violencia y civilización* (Losada, Madrid, 2006). This texts belongs thereof and aims at unveiling some of the key ideas of the author's. Resorting to the concept of *civilising violence*, he reports the abuse of a global and totalitarian power acting, paradoxically enough, in tuning with the defense of freedom, neoliberal multiculturalism and a capitalism presented as caring and deconstructing.

La guerra de Irak ha trastornado al mundo con su despliegue de armas de destrucción masiva, su devastación de ciudades, su soberbia voluntad hegemónica mundial, la cínica manipulación corporativa de la información a escala global, y su desprecio prepotente hacia culturas, religiones y formas de vida ajenas a los valores de la cultura postmoderna. Esta guerra ha puesto también de manifiesto las amenazas que se ciernen sobre el futuro de la humanidad. Ha activado un sistema de control totalitario en la sociedad norteamericana, con desapariciones, encarcelamientos ilegales, la deportación de miles de personas en una época de recesión económica, y un sistema de vigilancia electrónica que no ha dejado inmune a un solo átomo social. Es una guerra que ha desencadenado un sistema mundial de control y censura de la información monopolizada por los grandes canales globales, que no se ha detenido ante el asesinato de periodistas independientes en una Bagdad asediada militarmente, ni en el uso mediático del terrorismo como instrumento de chantaje social, ni en las retóricas de una torpe propaganda de guerra. Y ha revelado el esplendor de la civilización postmoderna como sistema de terror universal llamado a diseminar la corrupción política, la miseria social y la violencia en nombre de

¹ Este texto forma parte del libro de Eduardo Subirats, *Violencia y civilización*, Madrid, Losada, marzo de 2006. Texto cedido por Editorial Losada.

una democracia mediáticamente degradada, un multiculturalismo y un feminismo propagandísticamente adulterados, y un principio de libertad políticamente identificado con un poder total.

Es preciso recordar los signos históricos que rodean a esta guerra. Sus estrategias parten de la escasez creciente de los recursos naturales como causa de presentes y futuros conflictos regionales y globales entre las naciones: hoy petróleo y minerales, mañana “zonas verdes” y agua. Para ser más precisos: parte de una escasez de recursos naturales, y del petróleo en primer lugar, como el origen del conflicto entre las naciones desarrolladas o ricas, y el resto del mundo, es decir, aquellas poblaciones mediática y políticamente definidas bajo la categoría derogatoria de Tercer Mundo. Esta crisis pone de manifiesto, además, un concepto de desarrollo de la sociedad postindustrial centrado en torno al monopolio exclusivo de las fuentes energéticas del planeta, hasta su completa extinción en el plazo previsto de una o a lo sumo dos generaciones. Al mismo tiempo, las guerras de Kosovo, Afganistán e Irak, quizá las de Colombia e Irán el día de mañana, son representadas como operaciones quirúrgicas de devastación destinadas a crear los espacios virtuales para la financiación corporativa de su reconstrucción, con el subsiguiente endeudamiento de sus pueblos bajo el último objetivo de expoliar sus riquezas naturales.

En nombre de la guerra global, y de la seudónima Guerra contra el Mal y el Terrorismo, no solamente se dan por sentadas las infranqueables barreras militares, económicas y tecnológicas que separan las naciones postindustriales de un submundo políticamente degradado por las estrategias financieras globales. Su objetivo político implícito es hacer más profundas estas diferencias, volverlas irreversibles, y llevarlas a una situación explosiva y terminal. Su última consecuencia es radicalizar estos conflictos como última legitimación de una militarización a escala planetaria. Afganistán, Colombia e Irak constituyen en este sentido modelos de territorios devastados militar y económicamente a lo largo de un proceso que ha durado décadas, con un balance de millones de víctimas bajo la acción directa de los ataques, de la contaminación bioquímica y nuclear, de la subsiguiente desintegración social y de los desplazamientos humanos masivos. Y con la ruina irreparable de legados culturales milenarios como su última consecuencia. El panorama mundial de prácticamente un billón de seres humanos en el Tercer Mundo expuestos a una agonía estadísticamente naturalizada y financieramente programada por bancos y corporaciones mundiales, cierra el horizonte histórico de esta crisis y anuncia para todos un futuro indudablemente peor.

La guerra global se funda en una nueva generación de aparatos de destrucción masiva, cuyas tecnologías nucleares y químico-biológicas cuentan sus víctimas humanas –llamadas daños colaterales– por millones, y cuyos efectos ecológicamente devastadores son irreversibles. Pero están basadas, al mismo tiempo, en una movilización electrónica total a través de los monopolios de la información global. La propaganda de guerra y la inducción mediática de una violencia difusa, el apoyo a gobiernos corruptos y el desmantelamiento de las instituciones globales democráticas, desde las Naciones Unidas hasta las organizaciones informativas independientes, trazan las ostensibles directrices de un nuevo totalitarismo mundial. Un totalitarismo cuyas estrategias se han solapado hasta hoy bajo las categorías blandas del multiculturalismo neoliberal, el culto postmoderno de los simulacros electrónicos, y las retóricas posthistóricas de una nueva era de poderes descentralizados o de un capitalismo deconstruccionista.

Estas guerras, que hoy se extienden de Irak a Afganistán, y de Colombia a Somalia, sin un final previsible en el tiempo y sin límites en el espacio, no solamente ponen de manifiesto un anunciado descarrilamiento del modelo neoliberal de desarrollo económico y globalización a lo largo un proceso continuado de violencia. Sus estrategias comprenden, antes que otra cosa, la destrucción masiva de ecosistemas regionales, el calentamiento global indefinido, y el empobrecimiento letal de cientos de millones de humanos.

La guerra global concluye la desarticulación postmoderna de los grandes discursos históricos del pasado, desde los valores emancipatorios de las revoluciones europeas modernas, hasta los mismos valores humanistas y democráticos fundacionales de la constitución norteamericana, en cuyo nombre, sin embargo, ha sido declarada. Y señala un vaciamiento espiritual largo tiempo anunciado en la literatura, el arte y la filosofía del siglo xx. Por eso su significado histórico no puede reducirse a las categorías de una recesión económica mundial, de los subsiguientes desequilibrios sociales y políticos a escala regional o global, y de su fuga a través de aventuras militares. Estas guerras señalan un nuevo fracaso de la humanidad.

La escala inhumana de sus estrategias de devastación y escarnio, vigilancia civil y terror global ha provocado un rechazo generalizado y rotundo en todo el planeta. Estas protestas civiles han retomado aquellos objetivos humanitarios que en su día se levantaron contra el holocausto nuclear de Hiroshima y Nagasaki, con el que se inauguró el proyecto militar y político de un imperio nuclear postindustrial. Y han congregado los legados de resistencia mundial contra los genocidios de Vietnam y América Latina, perpetrados bajo

la misma voluntad imperial. La energía social de esta respuesta de la humanidad ha inspirado y sigue inspirando nuevos modelos alternativos de supervivencia planetaria, libres de los poderes y chantajes de las grandes corporaciones alimentarias, energéticas, químicas y culturales. En torno a su resistencia contra la militarización del planeta se han formulado asimismo alternativas de una auténtica democracia social. Y se ha planteado la necesidad inexorable de una diversificación de la información y el conocimiento. En torno a estas protestas y a la creatividad intelectual que las acompaña ha cristalizado una solidaridad humana a escala mundial, nueva en cuanto a su magnitud y alcance, y en cuanto a sus fines espirituales.²

² Declaración pronunciada en el encuentro “América Latina y la Guerra global” (Ciudad de México, 28 de marzo, 2003).